

Cuentos & Cuentistas

Temible Virginia Woolf

Bartolomé Leal desde Santiago

Uno cree a veces, honestamente, que tras haber leído muchos cuentos a lo largo de la vida, y que por haber escrito notas introductorias, reseñas de libros, análisis de estilos o críticas de escuelas específicas, práctica forjada durante años, uno cree, digo, que algo sabe de cuentos. Ese tipo de narración breve, normalmente ficción, que posee un conjunto de características entre las cuales resaltan por cierto su longitud (breve), su estructura lineal (principio, medio y fin), su lenguaje (coloquial), sus personajes (pocos), sus ambientaciones (restringidas), y todo el resto. Uno cree que sabe algo hasta que se topa con Virginia Woolf. Digo con los cuentos de esta escritora inglesa (1882-1941), disponibles ahora en un volumen integral.¹ Uno queda con la sensación de que el andamiaje armado por tanto tiempo para entender el cuento, se derrumba.

Según relata su marido, también escritor, Leonard Woolf (el apellido de soltera de Virginia era Stephen), la autora redactaba esbozos de cuentos a manera de intervalos entre sus escritos mayores (las novelas) y sus ensayos. Cuando se daba la posibilidad de publicar uno, a pedido de un editor por ejemplo, y ella estaba con ganas de hacerlo (lo que no era frecuente dados sus erráticos de ánimo), sacaba alguno de tales esbozos de su gaveta y lo reelaboraba como cuento, normalmente tras bastante trabajo de corrección. Lo mismo hacía cuando la vencía la fatiga que le causaba el desarrollo de una obra difícil. Y en esto, para ella, lo fundamental eran sus novelas.

Pero Virginia Woolf no sacaba simplemente un cuento para publicación por encargo ni tampoco escribía esbozos por entretenerse. La escritora había hecho del cuento corto su campo de experimentación. Así lo expresó en múltiples ocasiones, como en una carta de 1908 donde afirma su deseo de “renovar la novela y captar multitud de cosas en la fugacidad del presente, de abarcar el todo y modelar infinitas formas extrañas”. El primer cuento de Virginia

¹ Virginia Woolf, *Relatos completos*, traducción de Catalina Martínez Muñoz, edición de Susan Dick, Alianza Editorial, Madrid, 2007

Woolf, “Phyllis y Rosamond” data de 1906. Llevaba apenas dos años publicando ensayos breves y críticas en la prensa londinense, y jovencita como era, tenía fama de dura. En todo caso, nadie le discutía su sólida cultura,. Los últimos cuentos suyos, “El símbolo” y “El balneario”, son de 1941. Cierran 25 años de producción cuentística ininterrumpida, aunque no publicó más de uno o dos por año.



Dos detalles de sus años mozos son significativos: su nula educación formal (nunca fue al colegio) y su acceso sin restricciones a la biblioteca de su padre, un destacado hombre letras en la era victoriana, donde se apreciaba tal carácter. Era todavía una niña cuando Virginia decidió hacerse escritora. Esto fue importante, pero también lo fueron las muertes prematuras de su madre en 1895 y de su padre en 1904, que la dejaron en un doloroso desamparo afectivo que se tradujo en colapsos mentales tras cada deceso. Una tercera crisis le ocurrió tras su matrimonio con Woolf. Lo superó todo, menos el último colapso, que la llevó al suicidio, ahogándose en el río Ouse, en Sussex donde residía, tras llenarse los bolsillos de piedras.

Otra frase suya: “Me atrevería a decir que deberíamos inventar una forma enteramente nueva de novela. En cualquier caso, es muy divertido intentarlo con piezas breves”. La lectura cronológica de sus cuentos muestra de qué modo aplicó este principio de la experimentación. El cuento como cobayo literario. Pero la obra de Virginia Woolf no es sólo eso. Ella lo puso bellamente: “Cada secreto del alma de un escritor, cada experiencia de su vida, cada atributo de su mente, se hallan ampliamente escritos en sus obras”. Cabe señalar que perteneció, con

su marido y otros intelectuales de vanguardia, al llamado “grupo de Bloomsbury”, un barrio de Londres donde habitó un tiempo e instaló una imprenta artesanal por medio de la cual se publicó parte importante de su obra.



Uno de sus mejores cuentos se titula “Kew Gardens”, de 1917, que es el nombre de un hermoso jardín botánico en las afueras de Londres y donde, desde la perspectiva de un caracol, se describe un paseo que convoca a una decena de personajes que simplemente vagan por allí; los retazos de conversación dan una idea de los conflictos, mayores o menores, por los cuales atraviesan, en tanto el dicho caracol busca alcanzar una hoja donde protegerse de tanto tráfico. Es notable también su cuento “La marca en la pared”, la observación puramente subjetiva y morosamente ensoñada de un detalle diferente en la monotonía de una pared. Llamó la atención por su distancia con lo más tradicional en el relato corto. Dijo a propósito Virginia Woolf: “las historias sin conclusión son también legítimas”.

Por eso la amplia variedad de sus cuentos, la descripción detallada del transcurso del tiempo, el flujo de eventos que hacen variar los entornos y la geografías, el discurrir psicológico y el comportamiento social incoherente de los personajes. En esto es cercana a Proust, Joyce y Svevo, sus pares en la

renovación literaria del siglo XX. Pero se aleja de ellos en que sus personajes nunca son estatuas, nunca importantes, nunca famosos, son por lo general seres corrientes que le tocó conocer. Para Virginia Woolf la experiencia subjetiva es tan importante como la que se gana al moverse por el mundo, de allí sus escasos viajes. En ella hay otro elemento interesante: su ubicación en una época de transición entre el entorno victoriano, orientado al pasado; y el modernismo del nuevo siglo, ávido de futuro. De allí que el pacifismo y el feminismo hayan sido para la escritora ideologías que abrazó con pasión no exenta de alguna distancia.

Su terrible suicidio tuvo que ver probablemente con otra situación traumática, la segunda guerra mundial, pues su casa y taller en Londres fueron dañados por los bombardeos alemanes y el miedo a la invasión nazi la agobiaba, sobre todo porque su marido era judío y un antinazi activo. Se sabe que ambos habían hecho un pacto de suicidio en el caso de que Inglaterra cayera en manos de las hordas uniformadas de Hitler.

Hay cuentos suyos llenos de humor, como “La viuda y el loro: una historia real”, pero que trasuntan la agri dulzura de los sufrimientos cotidianos de la vida. Y otros, como el breve y encantador “La cortina de la niñera Lugton”, reflejan la nostalgia de una infancia perdida, la de una niña bella, delicada y abusada como fue Virginia Woolf, que halló en la creación literaria una forma de expresar su confusa vida interior. Para deleite de los lectores y lectoras de La Ramona, en recuadro va esta colorida miniatura.

Leer sus cuentos es una experiencia singular. Una mirada a una mente lúcida, compleja y bondadosa, a pesar de lo furibundo de sus textos críticos, lo más conspicuo de su obra. Sus experimentaciones tienen que ver con una búsqueda de lo real, lo auténtico, lo verdadero en la literatura. No los arranques de egos hipertrofiados que a menudo se acompañan de vacuidad espiritual. Nada de géneros, tampoco. Por eso sus innovaciones mismas son producto de arranques espontáneos, de iluminaciones. Por eso hay la sensación a veces de que Virginia Woolf pelea con su propia obra, no se permite facilismos, rechaza todo tipo de impostaciones. Por eso leerla es un desafío...

La cortina de la niñera Lugton

La niñera Lugton dormía. Había lanzado un gran ronquido. Había dejado caer la cabeza; se había puesto las gafas en la frente; y allí estaba, sentada junto al fuego, con un dedo levantado y un dedal puesto en él, y su aguja enhebrada con hilo de algodón colgando hacia abajo; y roncaba, roncaba; y en sus rodillas, cubriendo por completo el delantal, había un gran corte de tela azul con figuritas.

Los animales de la tela no se movieron hasta que la niñera Lugton roncó por quinta vez. Una, dos, tres, cuatro, cinco... ah, la anciana se había dormido al fin. El antílope saludó a la cebra con una inclinación de cabeza; la jirafa mordió la hoja en la copa del árbol; todos empezaron a revolverse y a patear, pues en el dibujo de la tela azul había rebaños de animales salvajes, y más allá un lago y un puente, un poblado de chozas redondas, hombres y mujeres asomados a las ventanas y cabalgando sobre el puente a lomos de un caballo. Pero cuando la vieja niñera roncó por quinta vez, la tela se convirtió en aire azul; los árboles se cimbrearon; se oyó romper el agua del lago; y se vio a la gente cruzar el puente y saludar con la manos desde las ventanas.

Los animales se pusieron en marcha. En primer lugar salieron el elefante y la cebra; a continuación la jirafa y el tigre; más tarde el avestruz, el mandril, doce marmotas y un grupo de mangostas; los pingüinos y los pelícanos avanzaban contoneándose y picoteándose unos a otros. El dedal dorado de la niñera Lugton los iluminaba como un sol; y cuando la niñera Lugton roncaba, los animales oían el rugido del viento a través de la selva. Bajaron a beber y, a medida que andaban, la cortina azul (porque la niñera Lugton estaba haciendo una cortina para la sala de estar de la mujer de John Jasper Gingham) se convirtió en hierba y se cubrió de rosas y margaritas; quedó salpicada de piedras blancas y negras, de charcos y rodadas de carro, y de ranitas que saltaban veloces para huir de las patas de los elefantes. Iban colina abajo, a beber en el lago, y no tardaron en congregarse en la orilla, donde algunos se inclinaban y otros levantaban la cabeza. Era una visión muy hermosa... Y pensar que todo eso reposaba sobre las rodillas de la vieja niñera Lugton mientras dormía, sentada en su sillón Windsor a la luz de la lámpara; pensar en su delantal

cubierto de rosas y hierba, pisoteado por todos aquellos animales salvajes, cuando la niñera Lugton ¡se moría de miedo con sólo meter la punta de la sombrilla en las jaulas del zoo! Bastaba un pequeño escarabajo negro para que la niñera Lugton diera un salto. Pero en ese momento dormía; no veía nada.

Los elefantes bebieron, las jirafas mordisquearon las hojas de los tulipaneros más altos y la gente que cruzaba los puentes les arrojaba plátanos y lanzaba piñas al aire, hermosos barriles dorados llenos de membrillos y pétalos de rosa que hacían las delicias de los monos. La anciana Reina pasó en su palanquín; lo mismo hizo el General del Ejército y también el Primer Ministro, el Almirante, el Verdugo y altos dignatarios de visita en la ciudad, que era un lugar muy bello llamado Millamarchmantopolis. Nadie hacía daño a los encantadores animales; muchos sentían lástima de ellos, pues era bien sabido que hasta el más pequeño de los monos estaba hechizado. Una gran ogresa los obligaba a trabajar sin tregua; la gente lo sabía. Y la gran ogresa se llamaba niñera Lugton. La veían desde las ventanas, alta como una torre, su rostro como la ladera de una montaña, con grandes precipicios y avalanchas, abismos en lugar de ojos, pelo, nariz y dientes. Congelaba vivo a todo animal que se adentrara en su territorio, obligándolo a pasar el día pegado a sus rodillas; pero cuando se quedaba dormida, los animales recuperaban la libertad, y al atardecer descendían hasta Millamarchmantopolis para beber en el lago.

De pronto la vieja niñera Lugton arrugó la cortina.

Una gran moscarda azul que zumbaba alrededor de la lámpara la había despertado. Se incorporó en la silla y le clavó la aguja.

Los animales retrocedieron al instante. El aire se convirtió en tela azul. Y la cortina quedó inmóvil sobre sus rodillas. La niñera Lugton cogió la aguja y continuó cosiendo la cortina para la sala de estar de la señora Gingham.